

NIÑO REY Y NIÑO PASTOR – Sin (Una historia de los dos Niños-Jesús) 2º - 5º

Índice

En Adviento 2

El relato del Niño Rey 3

La Huida a Egipto 4

La Matanza de los Inocentes en Belén 4

Leyenda de la Huida del Bosque de Palmeras 5

En Egipto 6

Jesús en el Templo 7

Junto a las Pirámides 8

El Niño Pastor 9

El Encuentro en el Pozo 11

Amistad en Nazaret 13

A los doce años 13

En Jerusalén 14

Jesús en el Templo 15

Irrumpe el Dolor 17

El Sabio Carpintero 18

Epílogo 19

En Adviento

Brigitte era una niña que a menudo reflexionaba sobre cosas en las que otros niños no pensaban. Fue, cuando se acercaba la Navidad, a visitar a su padrino. Se le permitió pasar las fiestas con él y su familia, ya que su madre estaba enferma en el hospital.

Cuando llegó a la casa del padrino y fue conducida al gran salón con muchas ventanas, los cuatro hijos de la familia estaban tan ocupados en su trabajo que apenas tuvieron tiempo de saludarla correctamente.

Las dos niñas estaban preparando en el alféizar una cuna con los pastores. En otra ventana, sus dos hermanos estaban ocupados colocando correctamente a los tres reyes y sus camellos junto a María y el Niño.

Un rey se arrodillaba ante María, que tenía al Niño en su regazo; los otros dos estaban de pie a su lado con sus regalos.

Cuando Brigitte se acercó, dijo Stefan:

—Mira, los reyes y los camellos los hemos hecho nosotros con barro y los hemos pintado. Mamá solo nos ayudó con María; esa siempre nos salía torcida.

—Y aquí están las tres escudillas —añadió Georg—, las traje yo. El oro me lo regaló mi madrina cuando me bautizaron. El incienso lo compró papá en la farmacia. ¡Todo auténtico! Y la mirra también. La estrella de seis puntas, colgada de un hilo, se moverá cuando encendamos la vela del rey.

Brigitte preguntó:

—¿No tienen un pesebre, ni un burro, ni un buey? ¿Por qué?

Stefan respondió:

—El Evangelio de Mateo cuenta que el Niño fue adorado en una casa en Belén, ¡nada de un establo!

Brigitte volvió a mirar a las niñas. Gabriela le explicó:

—Mira, Brigitte, los pastores los hicimos con pequeñas piñas y les cosimos a cada uno un manto. Las ovejas las hicimos con lana, eso fue fácil; pero con el barro de María nos ayudó mamá, para que quedara bien fino. Mis hermanos hicieron el burro y el buey, se les da mejor con los animales. El pesebre con el Niño y José es obra de Stefan. Ahora queremos poner flores secas y cristales alrededor del pesebre con el Niño.

Papá dijo:

—En el pesebre de los pastores debe estar presente toda la naturaleza: plantas, piedras, animales y personas.

La corteza del árbol la trajimos del bosque; eso será el establo en la gruta de Belén.

—¡Qué bonito, Brigitte, que pases la Navidad con nosotros! —continuó Gabriela—. Entonces escucharás todo lo que papá sabe contar sobre los pastores y los reyes, sobre el Niño Pastor y el Niño Rey.

Nosotros celebramos en Navidad a los dos niños Jesús: el Niño Rey y el Niño Pastor.

Una noche leemos las niñas, del Evangelio de Lucas, la historia del Niño Pastor y lo que vivieron los pastores en el campo.

La otra noche, los hermanos leen del Evangelio de Mateo la historia de los reyes, del asesinato de los niños y de la huida a Egipto, y cómo María y José regresaron con su hijo a casa, a Nazaret.

El relato del Niño Rey

(Según el Evangelio de Mateo)

Cuando se acercaba el cambio de los tiempos, vivían en una casa en Belén María y José. José era de noble linaje; tenía por antepasado al rey Salomón, como está escrito en el Evangelio de Mateo. Un ángel había anunciado a José en sueños:

—María dará a luz un hijo; es de naturaleza divina. Tú, José, le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran profeta en la tierra.

Y así sucedió. José dio al niño el nombre de Jesús.

Pocos días después ocurrieron cosas extrañas en Belén. Tres reyes de Oriente, con sus servidores, llegaron cabalgando al pequeño pueblo.

Justo frente a la casa de José se detuvieron. José salió al umbral y les preguntó qué deseaban. Ellos dijeron:

—Buscamos aquí en Belén a un niño recién nacido, para adorarlo. ¿Vive en esta casa? Una estrella nos ha guiado hasta aquí.

José los condujo dentro, hacia María y el Niño, y se maravilló de su majestuosa apariencia.

El rey Melchor se arrodilló ante el Niño con una copa de oro y dijo:

—De esta copa solo han bebido reyes hasta hoy. Ahora esté llena de tu resplandor. ¡Recibe el oro!

Gaspar se arrodilló junto a Melchor, colocó un recipiente con incienso ante el Niño y dijo:

—Aquí traigo incienso. En el antiguo templo mostraba el camino hacia el cielo. Muéstranos ahora nuevos caminos de paz; ¡todos los pueblos lo esperan!

Cuando Baltasar se arrodilló, puso un frasco con mirra ante el Niño y dijo:

—En la Tierra reinan la enfermedad y la muerte. Tú sanarás las dolencias y vencerás la muerte.

Los reyes estaban tan conmovidos que permanecieron largo rato arrodillados ante el Niño, como arrebatados en espíritu.

Entonces se les revelaron muchas cosas sobre el futuro: el bautismo de Jesús en el Jordán, su vida y muerte, y su resurrección al tercer día. Apenas oyeron las palabras con que María les agradecía los dones.

Cuando finalmente se levantaron, tenían un semblante grave. Se despidieron de María, José y el Niño. José los acompañó hasta sus cabalgaduras.

Parecía que la luz de la estrella había penetrado en sus frentes y los iluminaba por dentro.

Afuera, en la noche, se reunieron los tres, y Gaspar dijo:

—¡Oh maravilla! Veo venir un tiempo en que se levantarán nuevos templos.

Melchor respondió:

—Aunque la guerra y la discordia aún agiten su naturaleza infernal, los hombres construirán un día un reino de paz.

Y Baltasar dijo:

—*Sobre el Niño brilla la luz del Mesías; el Cristo la sobrepasa. Un día se revelará plenamente en Él.* Cerca de Belén, en un olivar junto al camino hacia Jerusalén, sus siervos levantaron un campamento nocturno.

Cuando el sueño ligero cayó sobre los tres, oyeron en sueños la voz de un ángel que les dijo:

—*No regresen a ver a Herodes. Él quiere hacer daño al Niño.*

Despertaron al amanecer. Los tres habían recibido el mismo mensaje en sueños.

Así que tomaron otro camino y pasaron de largo Jerusalén, regresando a su tierra.

La Huida a Egipto

Cuando José dormía en la noche – después de que los reyes se hubieron marchado – también a él se le apareció el ángel en sueños y le dijo:

«*¡Levántate! Toma al niño y a su madre contigo; porque Herodes quiere matar al niño. ¡Huid a Egipto! Permaneced allí hasta que yo os diga que debéis regresar.*»

Tras este mensaje, José despertó a la madre María. Al principio se asustó mucho; pero luego habló con confianza:

«*El ángel nos guiará. Es la voluntad de Dios.*»

Rápidamente se prepararon para el viaje y también llevaron los nobles regalos de los reyes.

Cuando el lucero del alba brilló en el cielo, José condujo al asno, que llevaba a María con el niño, fuera de la puerta de Belén. Él conocía los caminos y dijo a María: «Iremos por los senderos que Moisés recorrió con el pueblo. Aunque Egipto esté lejos y no conozca a nadie allí; ¡sé que la ayuda de Dios está con nosotros!»

La Matanza de los Inocentes en Belén

Día tras día, el rey Herodes esperaba el regreso de los tres hombres distinguidos que debían decirle dónde se encontraba el niño. Tampoco encontraba paz en el sueño. En las horas oscuras de la noche veía con la mente perturbada al prometido niño rey. Pronto aparecía en las calles de Jerusalén, se presentaba en el templo, incluso se mostraba a la puerta de su palacio. La inquietud y el miedo del rey eran cada vez mayores.

Cuando tras tres días los reyes no aparecieron, supo que querían ocultarle al niño y que se habían marchado cabalgando.

Una furia ciega se apoderó de Herodes. Maquinó una mala acción:

«*Si quiero eliminar al niño real antes de que traiga desgracia sobre mí, debo hacer matar a todos los niños de Belén de dos años o menos.*»

Hizo venir a un grupo de sus más brutales siervos y les dio la cruel orden.

Entonces hubo gran lamento en Belén. La madre Raquel había perdido a sus dos niños; el dolor la llevó a ella misma cerca de la muerte. Entonces, en la noche, se le aparecieron sus dos niños en forma de pequeños ángeles.

«No llores, madre», dijeron, «¡mira, con quién podemos caminar!»

Corrieron una cortina de nubes a un lado, y entonces Raquel vio en caminos desérticos a una madre que sostenía en sus brazos a un niño resplandeciente. Iba montada en un asno, acompañada por un hombre. Sobre los fugitivos flotaban sus dos hijos, y con ellos había una gran multitud: los niños de Belén. Los hijos de Raquel le gritaron:

«¡Mira, madre, podemos proteger al niño en el cual alguna vez aparecerá el Mesías! Lo guardamos del mal del mundo que nos ha alcanzado a nosotros. ¡Qué felices somos de estar con él!»

Cuando Raquel despertó de su visión onírica, estaba consolada. Fue donde todas las madres en Belén y les llevó consuelo también a ellas.

Leyenda de la huida del bosque de palmeras

El largo viaje a la tierra de Egipto trajo muchas penalidades para María y José. El buen asno se había hecho amigo de María y la llevaba con el niño suave y dócilmente por valles y sobre colinas. Junto a una palmera, José había llenado un saco de cuero con dátiles. Siempre por la mañana, cuando María estaba sentada en el asno, este recibía un dátil dulce y también por la tarde, cuando se preparaba el campamento nocturno sobre una alfombra. El overo se acostaba pacíficamente cerca, después de haber mascado antes cardos y hierbas. José no necesitaba atarlo. Pertenecía a la familia.

Pero una vez, en un bosquecillo de palmeras donde pasaron la noche, el asno se levantó temprano, al amanecer. La tierra húmeda había permitido crecer aquí abundantes plantas verdes. También había palmeras bajo las cuales se podían encontrar dátiles. Sin ser notado por los durmientes, el asno se alejó a través del matorral. No sospechaba que a esa misma hora temprana de la mañana un león hambriento merodeaba por el bosque de palmeras. Este se detuvo de repente, levantó la cabeza y olfateó carne de asno. Con pasos furtivos fue hacia el olor y divisó al overo, que comía hojas de un arbusto.

El asno tiene orejas largas y oye bien. Como el león pisó justo una rama seca en el suelo, sonó un crujido. El asno se estremeció y echó a trotar. El león lo persiguió. El fugitivo tomó la dirección hacia su familia. Unos pocos saltos más de león, y habría sucedido lo peor. – Pero el asno se arrojó al suelo junto a los suyos y gritó tan fuerte como pueden gritar los asnos. El león se detuvo sorprendido y tieso como un palo: allí había otros seres, y algo deslumbró sus ojos, de modo que se sintió muy manso. Se acostó en el suelo y se lamió las patas.

José y María se repusieron del primer susto. María supo que sus ángeles viajeros los habían protegido. Desde entonces, el asno siempre se quedaba cerca de la familia cuando descansaban por la noche.

En Egipto

Nuevamente se le apareció a José el ángel que lo había instado a viajar a Egipto, para mostrarle los caminos egipcios. Lo dirigió hacia la ciudad llamada Heliópolis, que significa Ciudad del Sol. Aquí había templos donde se adoraba a la deidad solar Osiris.

José encontró una vivienda modesta en una vieja posada. Allí podían permanecer en silencio, hasta que un nuevo mensaje llegara a José.

En el gran templo del sol de esta ciudad estaba el sumo sacerdote Ruomah, que oficiaba los sacrificios. Tenía un hijo, Adono, a quien un espíritu maligno le había perturbado la mente. Nadie podía ayudarlo cuando gritaba, se rasgaba la ropa y corría por la ciudad gritando salvajemente. A la gente que quería detenerlo, les arrojaba piedras y no se dejaba atrapar. Sus padres estaban profundamente afligidos; pero no podían encerrar al niño siempre.

Cuando un día volvió a escaparse, Adono llegó a la vieja posada donde María y José vivían en ese entonces. María acababa de lavar un pañal del niño Jesús y lo había colgado sobre una viga para secarlo. El niño salvaje se abalanzó, agarró el lienzo blanco y se lo puso en la cabeza. Entonces, los espíritus malignos salieron de él como pájaros revoloteando. Se apoyó en la pared de la casa, cerró los ojos y se quedó quieto.

María salía justo de la casa con el niño Jesús en brazos y vio al niño extraño con la tela blanca en la cabeza. Se acercó a él, le tocó el hombro.

Adono abrió los ojos, tomó la tela y la puso cuidadosamente en la mano de María. Al instante se arrodilló, bajó el rostro y puso las manos planas sobre la tierra.

María intuyó lo que había sucedido y le dirigió palabras cariñosas.

De repente, se incorporó lentamente y acarició con mano suave al pequeño niño. Como en un sueño, se alejó.

En el templo del sol, buscó a su padre. Este, triste, estaba absorto en la oración. Adono se acercó a él, le tocó el brazo y habló suavemente:

«¡Padre, está bien! – He visto la estrella de un nuevo Dios. ¡Padre, alégrate conmigo!»

El sacerdote miró asombrado a su hijo, a quien apenas reconocía. Miró a sus ojos que brillaban en silencio, donde antes solo había visto miradas salvajes. Su asombro encontró palabras:

«¿Qué te ha pasado, hijo mío?»

Entonces este respondió:

«¡Oh, padre! Me impulsó a través de la ciudad. Junto a una casa vieja había un pañal puro y blanco sobre la viga. Como me brillaba tan intensamente a los ojos, lo arranqué y me lo puse en la cabeza. Entonces algo zumbó dentro de mí. Todo lo malo se ha apartado de mí. Luego vino una joven madre con su hijo de la casa. En él vi brillar una estrella luminosa. Padre, ¡ahora soy tan feliz! ¡Alégrate conmigo! Una nueva luz está amaneciendo.»

Cuando el padre sacerdote comprendió este milagro, abrazó a su hijo con alegría y dijo:

«El signo milagroso de un nuevo tiempo se ha revelado. Y a ti, hijo mío, te he recuperado. ¡Que Osiris aparezca pronto de nuevo!»

Jesús en el Templo

El niño Jesús mostró temprano una inteligencia clara. Cuando pudo caminar, siempre quiso dirigir sus pasos hacia el gran templo del sol. Admiraba con devoción las figuras de piedra, las altas columnas y los maravillosos signos de la escritura jeroglífica en los muros del templo.

Cuando el niño tenía unos tres años, según se relata en un evangelio egipcio, los padres visitaron el templo con Jesús. Mucha gente recorría las salas de columnas; pues era un día de gran fiesta. Así sucedió que el niño soltó la mano del padre y perdió a sus padres entre la multitud.

Frente a una puerta del templo había un guardia, porque solo los sacerdotes podían entrar allí. El guardia estaba enfrascado en una conversación con un hombre. Entonces Jesús se coló detrás de él por la puerta. Llegó a un pasillo en el que unas escaleras conducían hacia abajo. De repente se encontró en una cámara oscura. En el altar parpadeaba una lámpara de aceite. Detrás se alzaba la estatua de una esfinge de piedra. Entre sus brazos delanteros estaba el asiento para el sumo sacerdote del templo, que allí oraba cada día. Al niño Jesús lo embargó la misteriosa santidad del lugar. Se sentó entre las garras de león de la esfinge y miró la llama. Cuando, cansado, se recostó hacia atrás, se durmió entre los brazos de la esfinge.

Mientras tanto, los padres, llenos de angustia, buscaban al niño perdido. La multitud era demasiado grande para encontrarlo, así que se sentaron a esperar en los escalones exteriores del templo. Tan pronto como la gente se hubiera dispersado un poco, querían seguir buscando.

Al atardecer, el sumo sacerdote Ruomah bajó los escalones hacia el altar de la esfinge. En el tenue resplandor de la luz se detuvo: La esfinge sostenía entre sus brazos a un niño con una túnica blanca. Al principio, el sacerdote creyó que era una imagen espiritual lo que veía allí. Se arrodilló ante el altar para rezar. Entonces le pareció oír a la esfinge hablar:

«El que descansa entre mis brazos, será el verdadero Hijo del dios solar Osiris».

Mientras tanto, el niño abrió los ojos, se levantó y tendió confiadamente la mano al sacerdote:

«Por favor, llévame con mi madre, ¡ella me está esperando!»

Entonces el sabio sacerdote subió con el niño la escalera, pasó frente al guardia, hasta la alta puerta. Afligida por su pena, María estaba sentada allí sola en el pedestal de una columna; pues José había salido de nuevo a buscar al perdido. Jesús se apresuró hacia su madre, se sentó en su regazo y la abrazó feliz. Esa fue para el sumo sacerdote la segunda imagen y susurró:

«Isis con Horus».*

Ruomah se inclinó ante la madre y el niño, se acercó a María y habló largo rato con ella. Y supo quién había curado a su hijo Adono. Desde entonces, él fue el protector de la Sagrada Familia en Egipto. Se ocupó de todo lo que necesitaban e instruyó a Jesús, por muy joven que fuera, en la sabiduría de Egipto.

** Isis es la diosa egipcia que sostiene en su regazo al niño Horus, que una vez traerá la redención a los hombres – una premonición del niño Jesús.*

Junto a las Pirámides

Casi al mismo tiempo, Jesús le dijo una vez a su padre:

«He oído que a solo dos días de viaje de Heliópolis, hacia la puesta del sol, se alzan las poderosas pirámides. Padre, ¿podemos visitar estas obras maravillosas? El sacerdote Ruomah me ha hablado de ellas. Dijo que se puede cruzar el río Nilo en una balsa de madera. Pasan personas y animales. Podríamos llevar a nuestro asno. Una vez monta madre en él, y cuando yo esté demasiado cansado, lo haré yo. Seguro que el asno también se alegraría de salir de su establo un par de días. El sacerdote Ruomah dijo: Las pirámides son escalones hacia el cielo, y arriba su cúspide está dorada, para que por la mañana temprano salude al sol con destellos dorados. – Padre, te ruego que vengas con nosotros. Ya he hablado con madre. Ella viene gustosamente».

Tras este largo y sabio discurso del niño, José habló con María. Ella estuvo de acuerdo en cumplir este deseo de Jesús. Por muy joven que fuera, él absorbía todo lo que había aquí en Egipto con un interés despierto y asombrado.

Unos días después, la pequeña familia esperaba en la orilla del Nilo cuando atracó la gran balsa transbordador. Subieron varias personas, un camello y el asno. A los animales se les ataron las patas para que se echaran quietos; pues los cocodrilos poblaban las aguas del Nilo y en cualquier momento estaban ávidos de presa. El ancho río fluía aquí muy lentamente. Los remeros llevaron la balsa a la otra orilla sin peligro.

Cuando al día siguiente aparecieron a lo lejos las pirámides como pequeños picos en el horizonte, Jesús gritó de alegría y cantó una canción egipcia al sol que le había enseñado Adono, su gran amigo.

Cuanto más se acercaban a las pirámides, más altas y colosales parecían. Cerca de ellas se alzaba una enorme esfinge de piedra, que extendía sus brazos pétreos, altos como un muro, hacia la cálida arena del desierto. A su lado, la familia acampó al aire libre.

El niño Jesús enmudeció, tan abrumadoramente hablaba aquel lugar. Cuando cayó el crepúsculo, el sol de la tarde hizo brillar las pirámides con luz púrpura. Jesús, cansado del viaje, recostó su cabeza sobre el cuerpo del asno, que estaba echado. José contó:

«En tiempos remotos vivió aquí en Egipto el antepasado Moisés. La hija del faraón lo tomó como niño pequeño en el palacio de su padre, donde creció con el príncipe. Se convirtió en un hombre de Dios fuerte y pudo guiar al pueblo de Israel, que entonces vivía en Egipto, a través del desierto hacia Palestina, a su antigua patria. Al pueblo de Israel se le ha prometido: ¡De él deberá aparecer alguna vez el Mesías, para salvación de los pueblos!»

La luz púrpura de las pirámides se desvaneció. En el cielo apareció estrella tras estrella, y en medio brillaba la delgada hoz de la luna. María pronunció una oración nocturna, que el cálido viento del desierto recogió suavemente y con ella envolvió a la esfinge. Ya María, el niño y el asno se habían dormido. Pero José no encontraba el sueño. De repente, un luz brilló sobre él. Su ángel se apareció ante él y dijo:

«José, se acerca el tiempo de vuestro viaje de regreso. Vuelve con María y Jesús a Palestina. En Nazaret debes establecer tu morada. Esto te lo anuncio como designio de Dios».

Tras estas palabras, el ángel infundió un presentimiento en su corazón y desapareció en la luz de las estrellas.

Cuando el sol de la mañana envió sus primeros rayos sobre el desierto, el asno se sacudió y se levantó. Jesús había despertado. Su mirada cayó sobre la cúspide de la pirámide que brillaba en dorado. Gritó:

«¡Brilla! ¡Brilla!»

José y María despertaron con este grito matutino y admiraron el destello del sol en la cúspide dorada. Jesús saltó hacia la pirámide cercana. Eso le permitió a José, con corazón alegre, comunicar el mensaje del ángel a María. El niño lo sabría más tarde; pues primero querían llegar de nuevo a Heliópolis y prepararse allí para el largo viaje de regreso.

Justo entonces Jesús volvió lleno de alegría de la pirámide. Había corrido alrededor de la colosal construcción; pues no se podía subir. Había guardias. Pero le hubiera encantado subir hasta la cúspide dorada. Los padres ya estaban listos para viajar, y así se despidieron de la gran experiencia. El asno frotó su cabeza en la mano de María, y eso significaba en él:

«¡Súbete!»

Jesús estaba demasiado excitado para sentarse quieto ahora en el asno, y marchó valientemente con su padre José en dirección al Nilo y Heliópolis.

El Niño Pastor

El Evangelio de Lucas narra el nacimiento del otro niño Jesús, el "*Niño Pastor*":

Poco después de la matanza de los inocentes en Belén, Herodes había muerto. Su hijo asumió el gobierno. Se llamaba Herodes Antipas, y fundó una nueva ciudad real llamada Séforis.

En ese tiempo, vivía en Nazaret un matrimonio que también se llamaba José y María. Pero el antepasado de este José era Natán, un hijo de David y hermano de Salomón. Sin embargo, en su linaje había gente sencilla. El padre de José, Elí, le había podido dejar poca herencia. Así, José era carpintero en Nazaret y vivía del trabajo de sus manos.

Después de la muerte del cruel rey Herodes, cuando el niño Jesús (*el de Mateo*) ya estaba en Egipto, el emperador Augusto decretó que se realizara un censo. Belén era la ciudad natal del linaje de David. Así, José, el carpintero, tuvo que viajar con María desde Galilea a Judea, donde estaba Belén, para cumplir con el mandato del censo.

Cuando llegaron a Belén, no encontraron lugar en ninguna posada y tuvieron que alojarse en un establo construido en una gruta rocosa en el campo. José estaba muy preocupado por María. Ella era joven y delicada y esperaba el nacimiento de su hijo.

Y había pastores en la misma región, que velaban por la noche guardando sus rebaños. En medio de la noche percibieron un resplandor de luz. Sus ojos se abrieron y contemplaron a un ángel que se acercaba flotando hacia ellos, y una luz poderosa los envolvió. Los pastores se asustaron mucho. Pero el ángel les dijo:

«¡No temáis! Os anuncio una gran alegría, que sucederá a todo el pueblo; porque hoy os ha nacido el Mesías. Encontraréis al niño acostado en un pesebre, allí en el establo rocoso.»

Y cuando el ángel hubo anunciado esto, los pastores vieron en la nube de luz una multitud de las huestes celestiales. Y resonaron las palabras como un canto:

«Gloria en las alturas, paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.»

Cuando la revelación celestial desapareció en las nubes, los pastores hablaron entre sí:

«Vayamos al establo que el ángel nos ha indicado.»

Y llevaron pequeños regalos hasta allí, encontraron al niño acostado en un pesebre. El luminoso resplandor de los ángeles envolvía al niño. En la quietud, los pastores abrieron sus corazones en devoción. Contaron a los padres lo que los ángeles les habían anunciado y que el Mesías había nacido hoy. María guardaba estas palabras en su corazón.

Cuando salieron del establo, alababan a Dios y difundían la palabra del ángel. Y todos los que la oían, se maravillaban mucho.

Al niño le pusieron por nombre Jesús, como María lo había recibido del ángel. Cuando se cumplieron los días según la ley de Moisés, los padres llevaron al niño al templo en Jerusalén para ofrecer un sacrificio. Entraron al atrio del templo. Se les acercó Simeón, un hombre muy anciano. Él había recibido la revelación interior de que no moriría antes de haber visto al Mesías. Simeón extendió los brazos, reconoció al niño Jesús y exclamó:

«¡Él es! ¡Él es! Ahora puedo irme en paz.»

Y les dio su bendición, tomó al niño en sus brazos y alabó a Dios con palabras conmovidas.

Después de que se completó la presentación en el templo, María y José regresaron con el niño Jesús a Nazaret. Todos los que veían al niño tenían que quererlo por su dulzura. Y él, a su vez, amaba todo lo que encontraba: flores, hierbas, árboles, los pájaros cantores, los insectos que se arrastraban, los animales saltarines. Cuando por la tarde salían la luna y las estrellas, podía olvidarse por completo de admiración. Sus ojos brillaban como el sol. Las personas tristes se volvían alegres con solo mirar sus ojos, los pendencieros se volvían pacíficos, los charlatanes se callaban. Él mismo hablaba poco, y algunas palabras que salían de su corazón solo María las entendía. Las cosas del mundo ruidoso y ocupado pasaban junto a él sin afectarlo. Cuando creció hasta la edad de jugar, a menudo se sentaba en el taller de José y jugaba con virutas y trozos de madera. Los colocaba en el suelo en formas extrañas, a menudo como plantas, estrellas, cruces y soles. Así transcurría su vida, más soñando, como un capullo de rosa que tarda mucho en ganar su color interiormente y preparar sus pétalos para florecer. Él era el único hijo de María; los dos eran un solo corazón y una sola alma.

Cuando el niño tenía unos tres años, oyó lo que el padre José le contaba a María:

«Conoces la casa al final del pueblo, cuyos dueños se mudaron hace poco a Jerusalén. Cuando pasé por allí esta mañana con mis herramientas, salía un hombre mayor, se acercó a mí y me dijo: "He alojado a mi pequeña familia en esta casa", pero faltan una mesa y sillas. Hemos llegado aquí desde el lejano Egipto. He vendido mi propia casa en Belén y he adquirido esta. Queremos quedarnos en Nazaret. Veo que llevas herramientas de carpintero. ¿Podrías hacernos lo necesario? También debería haber un arcón.»

El hombre tiene el mismo nombre de pila que yo. Parece descender de un linaje noble. Mientras hablábamos, su esposa salió de la casa con un niño para saludarme. El niño es un poco mayor que el nuestro. Apenas vio mi sierra, la escuadra y el hacha, me pidió que se lo mostrara todo y se lo pusiera en la mano. Hizo preguntas tan inteligentes como si ya fuera carpintero, y me explicó cómo se construyen sillas de madera en Egipto. ¡A él le gustaría tener una silla egipcia para sí! – En fin, ¡este pequeño y listo muchacho! Sus padres lo llaman Jeshua, que significa lo mismo que Jesús. Me cayó en gracia de inmediato. Pronto quiere venir a mi taller. Tú también sentirás alegría por él, María, y nuestro pequeño Jesús tendrá en él un buen compañero de juegos. Pero ahora quiero conseguir madera para fabricar los muebles a estas buenas personas.

El encuentro en el pozo

Al final de la tarde, la madre María se dirigió con un cántaro, llevando de la mano al niño Jesús, al pozo del pueblo para sacar agua. De una cuerda colgaba el caldero de cobre. Con él se podía sacar agua de las profundidades. El niño se sentó cerca, en una piedra. Allí se había derramado agua sobre una losa de piedra. Las abejas volaban hacia allá para beber de ella. El niño Jesús metió un dedo en el húmedo líquido y al momento se le posó una abeja y bebió. En su tierna piel sintió la trompa en movimiento como un cosquilleo fino, y estaba feliz con la abejita. Así que no se dio cuenta de que otra mujer con su niño llegaba al pozo para también sacar agua. Era la madre de Egipto. Cuando las mujeres se saludaron, el niño Jeshua se acercó hacia el juego con las abejas. Muy suavemente dio un paso más cerca, para no ahuyentar a las abejas.

Se arrodilló junto al otro niño y miró. El niño Jesús no se dejó perturbar, ni siquiera cuando el niño extraño le puso el brazo sobre el hombro. Pronto ambos tuvieron abejas en sus húmedos dedos índices. Cuando las madres hubieron llenado sus cántaros, vieron a sus hijos jugando con las abejas. Se intercambiaron miradas que decían:

«Dejemos que los dos jueguen un poco más.»

Se sentaron en el borde del pozo y comenzó una larga conversación.

La madre de Jeshua comenzó a hablar:

«¡Qué bonito que nuestros dos niños jueguen con tan dulce amistad! Hace no mucho tiempo habíamos terminado un viaje largo y difícil desde Egipto hasta aquí, a Nazaret.»

Entonces María, la mujer del carpintero, preguntó:

«¿Y cómo llegaron ustedes a Egipto? ¿Por qué se fueron allí?»

La madre de Jeshua respondió:

«Ya que los niños ahora juegan tan tranquilos, puedo contarte cómo sucedió. Fue una maravillosa disposición que salvó a nuestro niño de la cruel matanza de niños que Herodes ordenó a sus siervos. Sí, fue hace más de tres años, cuando di a luz a Jeshua en nuestra casa en Belén. Era el oscuro tiempo invernal, cuando el sol se vuelve hacia el nuevo año. Entonces, una tarde, llegaron a nosotros tres hombres sabios y trajeron regalos, pues sabían que en Jeshua había nacido un niño especial. Días después, se le apareció a mi José un ángel en un sueño matutino. Nos instó a huir con el niño hasta la tierra de Egipto: porque el rey Herodes mandaría a matar a todos los niños más

pequeños en Belén. Supimos que el ángel decía la verdad. Cuando tuvimos todo preparado para el viaje, dejamos nuestra casa, en la que se instalaron amigos, dejamos Belén. Montando en un asno, José me guio a mí y a Jeshua en el largo viaje y la bendición de Dios y en Egipto todo se arregló para bien. Pero una cosa tengo clara: Jeshua, nuestro niño sol, debía ser salvado.

Cuando pasaron tres años, José recibió nuevamente un mensaje angélico: podíamos regresar, pero debíamos mudarnos a Nazaret. Vendimos la casa en Belén a los amigos, y así hemos venido aquí. Hemos encontrado en ti, María, y en tu marido, nuevos amigos, y ¡mira allí, cómo nuestros niños son un solo corazón y una sola alma al jugar!»

Las madres miraron hacia allá, cómo los niños no solo eran visitados por abejas, sino ahora también por mariposas, y jugaban con ellas.

Entonces María, la madre de Jesús, comenzó a hablar:

«Al escuchar tu relato, he tomado valor para contarte el milagro sobre el nacimiento de Jesús, que nació, también en Belén, después de la matanza de los inocentes. – Se había decretado un censo por el emperador Augusto. Así tuvimos que viajar al lugar de origen de nuestros antepasados, a Belén. Se acercaba el nacimiento del niño Jesús. Nuestro manso asno me llevó hasta allí. Pero como en Belén ninguna posada pudo acogernos, un buen posadero nos dirigió a un establo construido frente a una pequeña cueva.

José me acostó sobre paja y heno. A ti puedo decírtelo: me sentí tan feliz como en el paraíso, y mi ojo interior se abrió. Vi ángeles luminosos acercarse flotando en una nube resplandeciente. Sonó una resonancia y un canto. En un pesebre vacío, José había puesto heno y hierbas secas. Un cálido resplandor me rodeó. Suavemente, Jesús salió de mi vientre, y José lo acostó en mis brazos. El niño, recién nacido, me sonrió. Eso no lo hacen otros niños recién nacidos; pero él sonrió. Una tela que traíamos la extendió José sobre el heno y envolvió con ella el tierno cuerpo. Sí, yo sabía: se me había permitido dar la vida a un niño del cielo.»

«En medio de la noche nos visitaron pastores del campo. Ellos habían oído de parte de los ángeles sobre el nacimiento y nos trajeron amables regalos. Uno regaló un pellejo de lana de un cordero, con el que cubrimos al recién nacido para abrigarlo. Los buenos pastores estaban tan animados por el mensaje angélico que cantaban suavemente y a su vez oraban. Uno contó que los ángeles les habían cantado acerca del niño como un portador de paz.»

«Regresamos pronto a Nazaret, cuando el viaje fue posible de nuevo. Pero nuestro Jesús siguió siendo un niño tranquilo. Cuando era un poco más grande, corría hacia las flores, hacia las palmeras, acariciaba los pétalos, abrazaba los árboles. Lo he sorprendido hablando con ellos. Observa durante mucho tiempo a las hormigas, los escarabajos, las lagartijas y les habla. Les hace señas a los pájaros para que se acerquen, y se le posan en el brazo y los hombros. Todo lo hermoso de la naturaleza lo hace feliz. Es amigo de nuestras ovejas. El carnero le permite montarse. Se agarra de sus cuernos cuando este salta alegremente con él. Lo que hablan las personas adultas no le interesa en absoluto.»

«Me alegra que haya encontrado en Jeshua un amigo con quien se entienda tan bien. Envíalo de vez en cuando a nuestra casa. Pueden jugar en el taller con maderas y virutas.»

Desde esta conversación, una profunda amistad unió a las dos madres. Al cabo de un rato, llegaron otras mujeres al pozo. Las madres se levantaron. Se acercaron a los niños. María dijo: *«Ven, Jesús, vamos a casa.»* La otra madre dijo: *«¡Jeshua, ven! Mañana puedes visitar a tu amigo.»* Por la noche, cuando Jeshua estaba acostado en su manta para dormir, su madre se acercó a él para decir su oración de la noche. Jeshua dijo: *«Madre, las abejas y las mariposas me gustaron, pero lo más hermoso fue el querido Jesús. Cuando le puse el brazo sobre el hombro, sentí dentro de mí una sacudida de alegría como un pequeño relámpago del cielo. ¡Eso pasó como un fuego a través de mí!»*

Amistad en Nazaret

Desde entonces, las dos familias fueron buenas amigas. José, el carpintero, había fabricado una mesa y sillas, incluso había una silla egipcia entre ellas. Los dos niños estaban mucho juntos; pero eran muy diferentes. Jesús seguía siendo más bien tímido y soñaba mucho con los ojos abiertos; pero cuando Jeshua iba a verlo, era feliz y agradecido de poder jugar con él. Cerca de Nazaret había en ese tiempo un asentamiento donde vivían monjes piadosos que se llamaban esenios. El despierto Jeshua se sintió atraído desde temprano por esos hombres singulares. Se le permitió aprender con ellos la escritura y la lectura. Al crecer, había tenido varios hermanos, así que sus padres consintieron en que pasara largas temporadas con los esenios. Pronto aprendió la escritura. Cuando ya sabía leer, llevaba a casa constantemente rollos de las escrituras, escritos por los profetas. Todo el mundo en Nazaret pensaba: Jeshua, ese llegará a ser un escriba en Jerusalén. Al poco tiempo, Jeshua conocía de memoria algunos rollos del Antiguo Testamento. Cuando volvía a ver a su querido y tranquilo amigo Jesús, a quien se le permitía ayudar a su padre en la carpintería, le contaba historias del Antiguo Testamento. Pero tenía que omitir todas las crueldades y amarguras, de lo contrario su amigo lloraba y era difícil de consolar; todo le llegaba al corazón cuando se hablaba del sufrimiento de las personas.

Al decimosegundo año

Por la época de Pascua, cuando Jeshua tenía algo más de doce años, insistió a sus padres: *«¡Padre, madre! Nunca he podido visitar el Templo de Jerusalén. Después de la luna llena de primavera se celebra allí la Pascua. Mi corazón me impulsa a vivir esta gran fiesta en Jerusalén. También me gustaría hablar con los escribas.»* Su madre le dijo: *«Jeshua, sabes que tu padre ha pasado una enfermedad. No tiene mucha fuerza para un viaje tan penoso. ¡El camino es largo! Pero he oído que José, el carpintero, quiere ir. Quizá te lleve contigo.»* *«Madre, voy ahora mismo a preguntarle; que venga también mi querido amigo Jesús.»*

Tras estas palabras, Jeshua se dirigió inmediatamente allí. José, el carpintero, estaba trabajando en su taller. Jeshua entró precipitadamente.

«Padre José», dijo, «mi madre dijo que tienes intención de viajar a Jerusalén para la Pascua. ¡Qué ganas tengo de ir contigo!»

Justo entonces entraron María y su amigo Jesús, que habían visto a Jeshua llegar corriendo; pensaron que había pasado algo malo, ya que venía con tanta prisa. María había oído las últimas palabras sobre la Pascua en Jerusalén. Sonrió y le hizo un gesto de asentimiento a José.

Jesús dijo:

«No habría querido emprender este viaje, ¡pero si Jeshua va, yo voy también!»

José dijo:

«Nuestra madre María también viene. Allí nos encontraremos con muchos parientes. Tu padre, Jeshua, también puede estar entre nosotros. Tenemos dos asnos. Le presto uno para montar. Tu madre, Jeshua, probablemente debe quedarse con los hermanos.»

De la alegría, Jeshua le echó los brazos al cuello a José, y luego abrazó a su amigo y a María y les dio las gracias con palabras gozosas. Acto seguido se fue a casa para dar la buena noticia.

«Si consigo un asno, voy con gusto», dijo su padre, «porque no te dejaré ir solo a la gran ciudad.»

En Jerusalén

Un viaje de Nazaret a Jerusalén duraba muchos días; sin embargo, en el camino había posadas donde pasar la noche. José, el carpintero, caminaba al frente con los dos niños. Cada uno llevaba una túnica blanca con cinturón. María cabalgaba la mayoría del tiempo detrás, seguida por el padre de Jeshua.

Se acercaban a la Ciudad Santa. Cuando la divisaron frente a ellos desde la altura de una colina, los que montaban bajaron de los animales. Todos se arrodillaron e hicieron una reverencia.

Jeshua comenzó a cantar con voz clara un salmo de David que había aprendido con los esenios.

En la ciudad, los viajeros se encontraron con varios conocidos y parientes. Como era fácil perderse entre tanta gente, los dos padres acordaron que podrían emprender el viaje de regreso independientemente. Juntos hicieron una primera visita al Templo y al anochecer encontraron alojamiento en una posada.

Cuando los dos niños dormían uno al lado del otro, sobrevino a Jeshua un sueño luminoso: vio una figura angélica que se le acercaba. Lo elevó hacia arriba, y contempló en la tierra extensa dos corrientes. Una venía de una montaña alta y rojiza y serpenteaba por muchas gargantas estrechas y oscuras hacia las tierras bajas. La otra fluía descendiendo de una nube luminosa y corría en un azul brillante, sin obstáculos, hacia la profundidad. Cuando la mirada de Jeshua alcanzó todas las lejanías, vio cómo las dos corrientes se unían. Sobre la corriente azul, su amigo Jesús se deslizaba en una barca. Pero más adelante se alzaban escollos embravecidos. A Jeshua le entró temor por su amigo. Se lanzó al río rojizo y nadó hacia las aguas azules, en dirección a la barca. Se balanceó dentro, agarró un remo y condujo la barca entre los escollos sobresalientes

hasta llegar al mar abierto y extenso. Lejos, en el este, salió el sol y con sus rayos atrajo la barca hacia sí. Unidos, los dos navegaron sobre el rastro del sol, que brillaba como un camino de luz dorada. Luego la imagen onírica desapareció.

Al amanecer, cuando todos en la posada aún dormían, Jesús fue el primero en despertar. Un fuego cálido recorrió sus miembros. Lo impulsó a levantarse. *¿Qué pasaba con Jeshua?* Cuando miró a su lado en la penumbra, lo vio sumido en un sueño profundo. Jesús se levantó y abandonó el dormitorio. Se alejó de la posada y comenzó a caminar sin rumbo por las calles casi vacías del Jerusalén que despertaba. En ese momento, los guardias abrían la puerta de la ciudad. Pasó a través de ella y llegó al Monte de los Olivos. De repente, se encontró ante una pequeña y solitaria gruta, donde de vez en cuando las ovejas encontraban refugio. Una extraña fatiga se apoderó de él. Se introdujo en el interior de la cueva, se acostó y al instante cayó en un sueño profundo y atemporal.

Cuando en la posada José y María despertaron, su hijo Jesús ya no estaba en su lecho. Se asustaron, pero pensaron que seguro que pronto volvería. Pero el niño Jeshua yacía tan extrañamente quieto. Cuando su padre quiso despertarlo y lo tocó, este abrió los ojos con sorpresa y dijo suavemente:

«¿Dónde está mi madre? ¡Quiero ir con ella!»

Su padre pensó de inmediato: *¿Qué le pasa a Jeshua? ¿Está enfermo?*

Se puso de acuerdo con María y José para que él y Jeshua emprendieran el viaje a casa por delante, y se despidió. Un rato condujo el asno, sobre el cual iba sentado Jeshua, absorto en sí mismo. Luego le pidió a su hijo que llevara el asno, para poder descansar un poco. Pero el buen animal simplemente siguió adelante por sí mismo y arrastró a Jeshua tras de sí. El padre ya no reconocía a su hijo, se había vuelto tan callado.

Cuando llegaron a Nazaret tras varios días, la madre se alarmó y acostó a Jeshua sobre un pellejo suave, donde permaneció en un estado de ensueño, abstraído.

Jesús en el Templo

¿Qué había sucedido después con Jesús en Jerusalén? Los padres buscaron entre parientes y conocidos; pero en ninguna parte se encontraba al niño. *¿Estaría ya de camino a casa?* Buscaron un trecho en la calle por la que habían venido. Pero nadie había visto a su niño.

Al tercer día, Jesús despertó en el Monte de los Olivos en su gruta de su profundo sueño. Sus pensamientos eran muy claros: sí, quería ir al Templo y preguntar a los escribas lo que no sé. Regresó a la ciudad.

Al llegar al atrio del Templo, se acercaba justo un sumo sacerdote, un erudito con vestiduras negras, con un rollo de las escrituras. Jesús se dirigió a él y le hizo una pregunta difícil. Con los ojos muy abiertos, el escriba miró al niño y entabló conversación con él. Toda la sabiduría que Jeshua había aprendido con los esenios estaba presente en él.

«¡Ven conmigo, muchacho listo! Los escribas vamos a tener una reunión; allí puedes plantear tus preguntas.»

Jesús había perdido toda timidez. El sumo sacerdote lo llevó a una sala del Templo donde tendría lugar la conversación.

En ese momento, José y María estaban cerca del Templo. Buscaban una y otra vez a su hijo perdido. Su pregunta era siempre la misma:

«¿Habéis visto a un niño de doce años con vestiduras blancas?»

Finalmente, en el atrio del Templo, una mujer respondió:

«Sí, uno así habló hace un rato aquí con un sumo sacerdote y desapareció con él a través de aquella puerta.»

¿Era posible? ¿Su tímido Jesús con un sumo sacerdote? ¿O estaría Jeshua también todavía en Jerusalén?

Vacilantes, se acercaron a la puerta que conducía a una sala interior. José reunió todo su valor y llamó a la alta puerta. Esta se abrió. Un rostro severo apareció en la rendija y preguntó qué deseaban. José dijo:

«Buscamos a nuestro niño perdido de doce años. Su nombre es Jesús.»

El rostro del escriba se volvió de repente muy amable:

«Sí, está aquí. ¡Pasen! Está justo en conversación con nuestros eruditos.»

Indicó a los padres que se quedaran al fondo y no interrumpieran.

Lo que María y José vivieron entonces, les dejó sin aliento. Sí, en un escalón elevado estaba su hijo Jesús, rodeado de sacerdotes y escribas. Estaba hablando precisamente de Moisés y su experiencia en la zarza ardiente. ¡Nunca habían visto a su hijo tan erguido y seguro mentalmente! María se inclinó hacia José y susurró:

«¡Habla como Jeshua!»

Entonces los escribas le hicieron preguntas, y Jesús les respondió. Recitó de memoria pasajes largos de los rollos del Antiguo Testamento, como si los leyera de un libro. Un asombro recorrió la sala.

Cuando la conversación se acercaba a su fin y se produjo una pausa, el escriba que había abierto la puerta dijo a los reunidos:

«Aquí están los padres del niño. Lo han estado buscando mucho tiempo.»

María se acercó a Jesús y dijo:

«Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo te hemos estado buscando desde hace tres días con dolor.»

Jesús respondió:

«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía estar en la casa de mi Padre?»

Los padres no entendieron estas sus palabras; pero María las guardó profundamente en su corazón.

Acto seguido, regresaron con su hijo a Nazaret, en Galilea.

Irrumpe el Dolor

Unos días después de que el callado Jeshua hubiera llegado a casa con su padre, también regresaron María y José con Jesús. Como era tarde en la noche, José dijo:

«Esperemos a que amanezca para ir a ver a Jeshua y a su padre.»

En esa noche, la luz de la vida de Jeshua se apagó. Cuando por la mañana María, José y Jesús se dispusieron a visitar a sus queridos amigos, llegaron a una casa de duelo. El difunto Jeshua yacía en su habitación sobre una manta, rodeado de ramas verdes de laurel y flores. En silencio, Jesús se arrodilló y bajó su cabeza sobre las manos cruzadas del amigo entrañablemente querido. Los dejaron solos. María le dijo a la madre del difunto:

«Verdaderamente, parece un ángel. Su sacrificio vital dará frutos abundantes.»

Y confió a la madre afligida lo que habían vivido en el Templo con Jesús y los escribas. Entonces, la madre del difunto cayó en una profunda reflexión.

Cuando Jesús se hubo levantado del lecho de su amigo muerto, se acercó a su madre y la abrazó. La maravillosa luminosidad de sus ojos penetró como un consuelo en su corazón, y él susurró:

«¡Tú también eres mi querida madre!»

Jeshua fue enterrado en la arboleda de cedros de Nazaret.

Desde el viaje a Jerusalén, el padre de Jeshua tampoco había recuperado sus fuerzas. Una enfermedad lenta se apoderó de él. Murió al año siguiente, dejando a su mujer con los niños, todos menores de doce años. Jesús se había convertido en un hábil ayudante en el oficio de carpintería de su padre José. Para que la familia amiga de la otra María con los niños no tuviera que sufrir pobreza, recibió de Jesús y de su padre José mucha ayuda. Podían hacerlo abundantemente, ya que para su oficio los tiempos eran buenos y Jesús trabajaba con diligencia. Así, los hermanos y hermanas de Jeshua no sufrieron necesidad.

Entonces llegó el tercer evento del destino. La madre de Jesús enfermó y murió a los pocos días. También ella, que había dado a luz a Jesús en el establo de Belén, fue enterrada en la arboleda de cedros de Nazaret.

Cuando su cuerpo ya había reposado un tiempo en la tierra, Jesús le dijo a su padre José:

«Nuestra casa echa en falta a la madre. ¿No podríamos acoger a María con sus hijos en nuestra casa? Nosotros nos ocupamos de ellos y ella se ocupa de nosotros.»

Así sucedió que las dos familias se unieron en una.

Jesús les dijo a los niños:

«¡Vosotros sois ahora también mis hermanos!» Y a su madre María le dijo:

«¡Tú eres mi madre!»

Y hubo una gran bendición entre ellos. La paz y el amor imperaban en la casa de José, el carpintero.

El Sabio Carpintero

Poco después de que Jesús hubiera enfrentado a los escribas en el Templo de Jerusalén hablando y respondiendo, este suceso también se hizo conocido en Nazaret y entre los esenios. Sí, de vez en cuando incluso venían escribas de Jerusalén de visita para mantener conversaciones religiosas con el sabio joven. Pero cuando ellos se exaltaban discutiendo sobre palabras y letras, Jesús enmudecía, o los llevaba de nuevo a los amplios pensamientos de un mundo divino. Entonces él se alegraba de volver a trabajar fuera, para escapar de tales conversaciones. El conocimiento de los escribas le parecía seco y estrecho. Le dolía percibir que la voz de los profetas se había acallado.

Era más feliz cuando visitaba a los esenios, que ya veneraban altamente al joven Jesús y con gusto lo habrían aceptado en su comunidad. Pero él decía:

«En ocasiones me gusta estar con vosotros. Pero trabajo con mi padre para mis hermanos y hermanas menores. No quiero encerrarme del mundo y deseo ir hacia la gente!»

Entre los esenios había uno, un poco mayor que él, llamado Juan, con quien lo unía una íntima amistad. Jesús tuvo muchas conversaciones con Juan.

Un día, cuando Jesús estaba con él, vio un gran luz que brillaba alrededor de Juan, y reconoció en él el alma profética divina, que más tarde fue Juan el Bautista al Jordán y predicó al pueblo.

Así pasaron algunos años en Nazaret. Los hermanos de Jesús habían crecido y su ayuda en casa ya se podía prescindir de ella.

Decidió seguir un deseo largamente acariciado y conocer el ancho mundo.

Los padres lo entendieron, y así se embarcó en un viaje a los países circundantes. Siempre llevaba consigo algunas herramientas y trabajaba aquí y allá en su oficio.

Una pregunta lo cargaba cada vez más: *¿Por qué hay tanto sufrimiento y dolor entre la gente?*

Con frecuencia percibía la acción de espíritus malignos. Pero *¿cómo se podía ganar fuerza y ayudar a las personas para que se iluminaran? ¿Cómo se podía redimir a las personas de sus sufrimientos?*

Todo el sufrimiento humano que Jesús encontraba en el camino, lo absorbía en sí mismo y lo padecía como dolor propio. Una compasión sin límites vivía en él. Del dolor surgió en él amor por todos los seres humanos.

A menudo, cuando se quedaba algunos días en un lugar, por la tarde la gente acudía en masa para verlo, para escucharlo, del que todos solo contaban cosas buenas. No solo era efectivo lo que decía y enseñaba, sino cómo las personas se conmovían por su ser, por la mirada de sus ojos. Cuando viajaba más lejos, se hablaba aquí y allá, donde a menudo se había quedado solo unos días, durante años todavía del buen hombre de Nazaret, cuando por la noche, recordándolo, se estaba reunido.

Jesús de Nazareth, sin embargo, fue elegido, como puro hijo del Hombre, para acoger en sí durante tres años al “Cristo”, el Hijo de Dios, en el bautismo en el río Jordán. Así fueron dirigidos sus pasos a los treinta años de edad hacia el Jordán, donde el profeta Juan bautizaba a las personas que querían llevar una vida mejor.

Cuando Jesús de Nazaret se encaminó hacia allí, tenía en su interior el profundo presentimiento

de que podría dar su cuerpo al Hijo de Dios. En cuanto a Jeshua, fue conducido por ángeles al mundo celestial. En el cuerpo del Jesús de Nazaret se inclinó desde las luminosas alturas el Cristo. Vino a nosotros para traer a la humanidad y a toda la tierra fuerza sanadora, amor y bendición, y a todos los seres humanos que confiaran en él, la paz.

Epílogo

Aquí termina la narración de los dos niños Jesús. Apunta a un gran misterio del cristianismo, que permaneció oculto durante mucho tiempo. Ahora es el momento de saber de ello y tomar ambas historias del nacimiento, las de Mateo y Lucas, de manera profunda y en serio, como base verdadera de la fiesta de Navidad.

El conocimiento sobre los dos niños Jesús permaneció durante casi dos milenios en lo esotérico cristiano. Algunos testimonios pictóricos de maestros antiguos dejan entrever algo de ello.*

Los dos relatos divergentes en Lucas y Mateo se representaron aún en la Edad Media, hasta el Gótico, estrictamente uno al lado del otro, sin mezclarse: altares de pastores, vitrales de pastores y altares de reyes, vitrales de reyes.

La investigación y revelación oculta de los verdaderos antecedentes por parte de Rudolf Steiner** dio un sentido más profundo a la tradición opuesta, tal como se presenta en las sencillas palabras de esta narración.

Entre las tradiciones más antiguas del cristianismo se encuentra el hecho de que hubo dos niños Jesús. Los Evangelios de Lucas y Mateo describen dos genealogías e historias de nacimiento completamente diferentes: El Jesús de Lucas nació en un establo y fue adorado por pastores. En el Evangelio de Mateo, tres reyes de Oriente regalan al niño Jesús con incienso, mirra y oro. Hasta la Edad Media, estos dos relatos divergentes se mantuvieron estrictamente separados.

Jakob Streit narra en este libro a partir del tesoro de leyendas que rodea a los dos niños Jesús. Muestra cuán estrechamente entrelazadas estaban las vidas de ambos. – No solo para los niños, un tema emocionante que introduce profundamente en un misterio primordial del cristianismo.

Ver Hella Krause-Zimmer, *"Los dos niños Jesús en las bellas artes"*, Stuttgart 2001

Rudolf Steiner, *"El Evangelio de Mateo"* (GA 123), Dornach 1988; *"El Evangelio de Lucas"* (GA 114), Dornach 2001